

Los antiguos embarcaderos de ganado

Los antiguos embarcaderos de ganado del ferrocarril cumplieron por largos años un rol importante en el tráfico y el comercio de la ganadería argentina. Hoy, ya desaparecidos, ocupan un espacio de resonancia en la memoria y la evocación de los pueblos rurales del interior. Integran, desde luego, un capítulo en la histórica del campo argentino, especialmente -y por excelencia- de la región de la pampa agrícola ganadera donde fueron un imprescindible recurso de trabajo.

Quedan unos pocos más o menos conservados, la mayoría, abandonados y ruinosos, y el resto convertido en vestigios o lisa y llanamente desaparecido.

La empresa de Ferrocarril los construyó junto con las Estaciones, y fueron ubicados en un extremo del predio, llamado comúnmente “Cuadro de la Estación”, al pie de uno de los dos “Pasos a nivel” que, de algún modo, demarcaron inicialmente los límites de los pueblos que a su avance generó el Ferrocarril.

A ellos acudían los ganaderos, ya estancieros ya chacareros, a embarcar su ganado -que peones de a caballo traían arreado en tropa- para embarcarlos hacia los mercados de la metrópolis. La hacienda era principalmente vacuna, le seguían la ovina y la porcina y, por último y en menor medida, el ganado equino.

Sus instalaciones consistían en un núcleo central compuesto por el toril o

brete y la manga o cargador; completadas por corrales y ensenadas de aparte y encierre. La manga en rampa, embocaba en la compuerta trasera del último vagón de atraque, ligado a la larga hilera de iguales, que solían superar los treinta, todos comunicados interiormente para dar paso a la hacienda que era arreada a rebencazo limpio por los peones hasta el vagón que enganchaba en la máquina. Completada la carga y luego de los cumplimientos de rigor, el tren partía.

Estaban hechos con postes y tranqueiras de quebracho colorado y alambre de vía y, en los refuerzos, colosales travesaños radiados de la función de “durmientes” o traviesas que hacían de base horizontal a los carriles.

Dos causas principales, en fuerte contrapunto, consumaron su desactivación y desaparición: el surgimiento del camión y su imperio, y la simultánea aniquilación del ferrocarril. Moría así, una imprescindible elemental estructura, práctica y económica que, como un eslabón en la cadena de valor, conectaba el mundo de la producción y el trabajo rural, con el inmejorable servicio de traslado que prestaba el ferrocarril -grandes volúmenes, largas distancias-, tan representativo de formas y modalidades que utilizaba el interior para fletear sus “frutos y productos del país”, como se decía. Su vigencia cubrió desde fines del Siglo XIX hasta ya pasada la pri-

mera mitad del Siglo XX.

En los pueblos de la región pampeana componían un singular escenario de encuentro y convivencia frecuentes de los actores y personajes del ambiente rural, quienes confluían a realizar la tarea de embarque. Esos personajes eran los arrieros, mensuales, capataces, mayordomos y peones en general que arrimaban la tropa desde los campos.

Por tanto, no eran los embarcaderos un lugar de paso, un cruce accidental u ocasional, no eran un “no lugar”. Todo lo contrario, tenían y daban una fuerte identidad a la comarca. Esa convivencia generaba un beneficioso clima de entendimiento y acuerdos; conocimiento y noticias de personas y de sucesos, de mentas y famas de peones, de patrones y establecimientos. Propicio ámbito para el intercambio y la transmisión de experiencias, de modos y costumbres, saberes y prácticas de las comarcas.

Era un trabajo que reclamaba atención, habilidad y rapidez para evitar el menor desbaste en la hacienda, que no se golpeará y no se mezclará. Cada tropa tendía sus rondines nocturnos. Cuando la hacienda era numerosa llevaba varios días de trabajo, y la peonada debía permanecer en el lugar. Churrasqueaban allí y dormían a cielo abierto, sobre el recado, algunos cubiertos por un bendito al pie del muelle o de la empalizada, y unos pocos al reparo

de los galpones.

Como en toda comunidad de encuentro y de trabajo arduo, se generaban tanto afinidades y afectos como enemistades, contrapuntos, disputas y controversias. Así que siempre estaba la Autoridad, de la Estación y policial.

Guardo en mi memoria una mítica imagen de aquellas noches de calladas conferencias y recogimiento de troperos, atestiguadas por la luna y los fueguitos en cadena con ellos en ruedo. Fuegos sagrados del trabajo rural que con sus reflejos esplendentes parecían minúsculos astros lumináres queriendo invadir los piélagos oscuros de la noche. Mientras, un coro múltiple, monótono y disonante de mugidos prorrumplía en quejumbrosa letanía. A esa hora, aquellos pueblitos sin luz ya reposaban tan durmientes como las traviesas de los rieles.

Aquellos embarcaderos, por aquellos tiempos y con aquellos hombres, sin distinción de rango ni de roles, hoy ya legendarios, constituyen un capital histórico y emblemático en el venturoso devenir de una de las mayores construcciones de la producción del país: la ganadería. En la urdimbre del tiempo, ayudaron a fundar los cimientos de una cultura de la ruralidad que hoy es representación y orgullo de Argentina. •

Angel Cirilo Aimetta
Escritor